



# El arte y la fe

Por Poldo Antolín ss.cc.

“Todas las grandes obras de arte son una Epifanía de Dios”

(Benedicto XVI)

La cita con la que hemos abierto esta columna nos indica la capacidad que tiene el arte para poder ser una ventana a través de la cual Dios pueda colarse en nuestra vida. Para llegar a nosotros, Dios se sirve, a veces, de una experiencia de la realidad, de algún acontecimiento significativo en la vida, del encuentro con situaciones de pobreza que nos golpean profundamente, de la conversación con alguien que nos lleva a hacernos preguntas, de la lectura de algún texto que despierta en nosotros una sed de algo nuevo. Pero ¿quién no se ha sentido alguna vez maravillado al ver una puesta de sol, un inmenso paisaje tras coronar la cumbre de una montaña, al escuchar el agua correr en el riachuelo o al observar silenciosamente el cielo en una noche estrellada? Esa experiencia tan humana y universal que nos sobrecoge, ¿no nos lleva a todos a preguntarnos quién está detrás de todo esto? ¿No sentimos que el mundo es una auténtica obra de arte llena de belleza? ¿Qué artista lo habrá creado?

En las primeras páginas del Génesis, esas que comienzan “Al principio creó Dios el cielo y la tierra...”, Dios va creando todo día a día y al terminar cada jornada dice el texto bíblico: “..y vio Dios que era

bueno”. Pues bien, la palabra griega utilizada para “bueno” es Kalós, que podría perfectamente traducirse (aunque pocas Biblias lo hacen) por “bello”. La naturaleza posee la bondad y la belleza que proceden de Dios.

Por tanto, hay un camino para llegar a Dios a través de la belleza. Los antiguos lo llamaron la “via pulchritudinis”. Y esta belleza no es una vía puramente intelectual para los artistas, sino que es una vía principalmente pastoral.

Con el arte se puede pensar y sentir, aporta emoción, sentimiento, no solo ideas o conceptos. Permite adentrarse en esa parte del ser humano donde a Dios tanto le gusta hablar: al corazón. Por eso, la Iglesia siempre se ha servido del arte para transmitir de una manera buena, verdadera y bella su mensaje. Gran parte de la historia del arte en Occidente es historia del arte cristiano. ¿Qué nos ha pasado últimamente? Parece que esto lo hemos descuidado.

La insistencia en otras dimensiones de la fe, también importantes, como pudieron ser en tiempos pasados la doctrina o más recientemente el compromiso, ha hecho descuidar con mucha frecuencia esta otra dimensión: el arte. Ciertamente que este aspecto no

hay por qué contraponer, sino integrar con las otras. Como diría algún teólogo “La verdad es sinfónica” y eso quiere decir que en nuestro lenguaje sobre Dios y en nuestra pastoral, aunque pongamos nuestros acentos particulares, tenemos que velar para que aparezcan todas las dimensiones que puedan acercarnos a Dios. Una de ellas es la belleza, vinculada a las experiencias de asombro, de admiración, de sobrecogimiento, de sensibilidad, emoción, gratitud, entrega desmedida etc... Cuando en el Evangelio de San Lucas Jesús aparece en Betania y María “tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús” (Jn 12,3), fue Judas quien dijo “¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios y se ha dado a los pobres?” (Jn 12,5). Probablemente este texto provoque cierta resistencia en nosotros, a lo mejor pensamos que las palabras de Judas tienen buena parte de razón. ¿Qué dimensión del mensaje de Jesús no ha alcanzado a descubrir con su mentalidad pragmática? Si nosotros no sabemos responderlo es que el texto nos está obligando, precisamente, a unir las distintas melodías armónicamente y sin contraponerlas.

Al igual que nos ocurre con la música, con el canto, que tie-

ne mucho que ver con esto, la pregunta que podríamos formularnos es la siguiente: ¿somos conscientes del poder para acercarnos a Dios que tiene la belleza? También podríamos agregar las siguientes interrogantes para ampliar nuestra comprensión: ¿procura la Iglesia, como siempre hizo, dar con artistas cristianos que transmitan la fe con el lenguaje artístico de hoy?, ¿cuándo decimos que la Iglesia ha de adaptar su mensaje a los tiempos en que vivimos, pensamos que ha de adaptar también su “estética”, su modo de presentar el mensaje?

Son paradigmáticas algunas conversiones que se han producido tras vivir una experiencia estética, como por ejemplo la del poeta Paul Claudel al entrar en la Catedral de Notre Dame de París, una tarde de Navidad: “Ese instante de Navidad tuve la revelación

de un Dios que me tendía los brazos” dirá. Por no hablar del mismo San Agustín cuando tras convertirse, habla de Dios en el libro de las Confesiones llamándolo Belleza: “Tarde te amé, Belleza tan antigua y tan nueva...”

Ojalá cuidemos más esta vía en nuestra pastoral, ojalá sepamos dar a conocer obras que nos permiten rezar y nos

abran a Dios a través de la belleza, ojalá que esta dimensión de asombro y gratuidad sepamos cultivarla en nuestra labor apostólica. Que la Iglesia no encuentre expresión artística a su fe es una gran pobreza. Cuando lo logra, transmite fácilmente una vida que se abre a Dios. Una vida que acaba inundándose de alegría, amor y belleza.



Antoine Knibily, Buen Pastor al atardecer, 1989



Nueva Sala de Arte **“El color de la oración”**, que reúne medio centenar de pinturas del sacerdote Antoine Knibiehy

📍 Visítanos en Centro Cultural Espacio Sagrados Corazones de Valparaíso, Martes de 10.00 a 13:30 y Jueves de 15:00 a 18:00, en Independencia 2086

**¡Te esperamos!**

📷 síguenos en @salaknibily